

CAPITULO XXXVI.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—El don de consejo en accion: quinta bienaventuranza.—Ej mplos.—El don de entendimiento en accion: sexta bienaventuranza.—Ejemplos.—El don de sabiduría en accion: sétima bienaventuranza.—Ejemplos.—Remedio satánico de las bienaventuranzas divinas.—Los siete dones del Espíritu del mal, traduciéndose en sus siete bienaventuranzas.

En el quinto peldaño de la misteriosa escala que nos conduce hasta Dios, nos encontramos al don de consejo, el cual se manifiesta por la quinta bienaventuranza. Hacernos acudir con ardor á donde la voz de Dios nos llame, procurar conocerla por todos los medios, desprendernos, cuanto lo permitan las condiciones de la existencia terrena, de todo lo que sea obstáculo á nuestra perfeccion, y para esto, no arredrarnos ante ningun género de sacrificio; tales son los actos beatíficos que revelan en una alma la presencia del Espíritu de consejo. Vémoslo resplandecer en la conducta de los primeros cristianos. Como el mundo pagano lo admiraba, hace diez y ocho siglos, en la conducta de nuestros antepasados; así el mundo moderno, que se ha hecho otra vez pagano, se ve obligado á reconocerlo en nuestros nuevos hermanos de la China y de la Oceanía.

Si; porque desear ardientemente recibir el Espíritu Santo es ya un efecto del don de consejo; y de este deseo estaba animada la niña de quien nos hablan los preciosos *Anales de la Propagacion de la Fé*. "Mi segunda mision, escribe uno

de los apóstoles de la China, fué igualmente llena de bendicion. Me acuerdo con alegría, haber encontrado allí una niña de diez años, perfectamente instruida en nuestra religion, lo cual á esta edad es cosa muy rara entre los Chinos.

"Esta niña deseaba con ardor recibir el sacramento de la Confirmacion, que yo dudaba concederle, porque la encontraba demasiado jóven todavia. Quise cerciorarme de si su valor correspondia á su inteligencia, y le dije:—Si despues de confirmada, el mandarin ordena que te lleven á la prision, y te pregunta acerca de tu fé, ¿qué le responderás?—Le responderé: Soy cristiana por la gracia de Dios.—Si te manda renunciar al Evangelio, ¿qué harás?—Le responderé: ¡Jamás!—Si hace venir á los verdugos y te dice: O apostatas, ó de lo contrario se te corta la cabeza, ¿cuál será tu respuesta?—Le diré: ¡Córtala! Encantado al verla tan bien dispuesta y tan valerosamente resuelta, la admití con alegría al sacramento que tan fervorosamente deseaba (1)."

Siendo la verdadera religion el camino real de la tierra al cielo, será uno de los primeros efectos del don de consejo hacernos buscar y emplear todos los medios de conocerla bien.

¿Qué mayor sabiduría puede haber? ¿No es el primer cuidado del viajero preguntar el camino, cuando marcha por una tierra desconocida? Y puesto que, cuanto mejor se conoce la religion, más se la ama, tanto más dispuesto se está en este caso á realizar todos los sacrificios que exige y á practicar el sublime desprendimiento indicado por el don de consejo. Desde este punto de vista, hagámonos cargo de lo que él inspira, aun en medio de la persecucion, á los nuevos cristianos anamitas.

"Mis catequistas, escribe un misionero de Conchinchina,

1. *Annal.*, n. 95, p. 304, an. 1844.

me habian hablado varias veces de un certámen general de catecismo, que se celebraba anualmente en He-sin, cuando los fieles gozaban de completa libertad. Todas las cristiandades vecinas eran invitadas á tomar parte en él, y hubiérase echado un negro borron cualquiera de ellas que no hubiera correspondido al llamamiento.

“Un dia dije á los catequistas:—Es preciso celebrar un concurso.—Padre, eso no es posible.—Bien sé que un gran concurso como los de otras veces no es posible; pero uno pequeño, al cual sean llamadas solo algunas cristiandades y que tenga lugar por la noche, es muy fácil y, lo que es más, cuento con asistir á él. Al domingo siguiente se anunció públicamente en la iglesia la apertura próxima de un concurso de catecismo. Este anuncio excitó un entusiasmo febril entre toda la juventud. Se dió un mes de tiempo para prepararse. A no haber sido testigo yo mismo, no hubiera podido jamás formar idea de tan singular emulacion. Los niños por un lado y las niñas por otro, se reunian todas las noches por pequeñas secciones en casa de los principales directores encargados de enseñar el catecismo al pié de la letra. La recitacion se prolongaba hasta las once, y algunas veces hasta más tarde.

“Si por casualidad hubiéseis pasado por la cristiandad de He-sin, os hubiera atronado los oidos un ruido de cantos piadosos que no carecian de cierta armonía. Los anamitas recitan el catecismo cantando, lo mismo que sus demás oraciones. El mismo ruido movian durante el dia en las casas particulares, en los campos y hasta por los caminos, los que se preparaban para el concurso repasando y preguntándose unos á otros la leccion de la vispera; y el domingo tenia lugar en la isla una repeticion general, á la cual asistian todos los catequistas. Todos los candidatos á quienes el con-

sejo de su aldea habia encontrado capaces de sufrir la prueba del exámen, habian sido inscritos para el certámen.

“El primer concurso tuvo lugar, durante una noche entera en la capilla He-Bang. Esta iglesia, aunque bastante capaz, no pudo contener la multitud de espectadores. Yo tuve que contentarme con ser simplemente uno de tantos asistentes. Fué introducido furtivamente en la iglesia y ocultado detrás de las colgaduras del altar mayor, en las que una pequeña abertura me permitia verlo todo sin ser visto. Uno de nuestros padres anamitas, hombre grave y muy respetado entre los cristianos, presidió el concurso. Estaba sentado magistralmente en un sillón colocado sobre la grada del altar, y debajo se colocaron á uno y otro lado, los jefes de las diferentes cristiandades; los examinadores, elegidos de entre los más instruidos de cada aldea, estaban en medio; y al toque de un *tan-tan* se anunció la apertura de la sesion.

“Despues de invocar solemnemente al Espíritu Santo, cierto personaje, vestido de un largo traje de ceremonia, sacó de una urna los nombres de los dos primeros opositores, á quienes llamó con voz extentórea. Un segundo personaje, vestido de la misma manera, sacó de otra urna un papel en el cual estaban indicados los capítulos del catecismo que debian ser la materia del exámen: lo que proclamó tambien en alta voz y comenzó el acto. Los dos candidatos se preguntaban y respondian mutuamente en medio de un silencio profundo, interrumpido de cuando en cuando por un redoble de tambor: era que alguno de ellos se equivocaba en alguna palabra.

“Entonces ellos paraban hasta que los examinadores dijeran si la equivocacion debia ó no considerarse como falta. Solo habia dos grados: el que sin turbarse ni equivocarse

en nada, decia la parte que le hubiera tocado en suerte, obtenia el primer grado: una sola palabra en que vacilara, le hacia descender al segundo. Si cometia tres yerros, no merecia ni alabanza ni censura, mas ésta recaia ya sobre el que cometia cuatro. Los dos personajes de vestido largo proclamaban el nombre de los vencedores, que con acompañamiento de música eran conducidos procesionalmente al altar de la Santísima Virgen, á quien ofrecian su triunfo y se consagraban á ella con una oracion especial, volviéndose á ocupar su sitio al son de un golpe de música.

“La reunion, que habia durado hasta la mañana, se terminó con una Misa en accion de gracias; y al concluir, se distribuyeron en abundancia, cruces, medallas y rosarios. Mas esta muchedumbre tenia hambre y no se les podia enviar á sus casas en ayunas. A más de que entre los Anamitas una funcion religiosa no seria completa si no concluyera con una comida. Yo no tenia interés de derogar esta costumbre. Pero en vano se llamó al convite, segun mis órdenes, á los pobrecitos que habian salido vencidos: de tal modo se ocultaron, que no hubo medio de encontrarlos. Concluida la fiesta á satisfaccion general, cada grupo se volvió alegre á su aldea y yo me restituí á mi prision (1).”

La relacion de estos certámenes piadosos hará sin duda, á nuestros grandes doctores de Europa balbucear la palabra puerilidad y sonreir con aire de compasion. Guarden sus sonrisas para sí mismos y para sus exposiciones y concursos agrícolas. Hacer formar en gran parada en su presencia y en la de otros graves personajes, los bueyes, las vacas, los caballos, las mulas, asnos y cerdos; dar despues buenos premios á los productos más notables que se presentan, con la mira de mejorar todas las razas de bestias,

1. *Annal.*, etc. n. 146, et suiv., an 1853.

la asnal, la bovina, la cabruna y la porcuna, esto lo encuentran ellos utilísimo y dignísimo de sí mismos, ni dejarán de llamarlo un glorioso progreso del siglo de las luces. ¡Y á los ojos de esos mismos hombres será cosa pueril ejercitar, por medio de una noble emulacion, las almas inmortales en el conocimiento profundo de las verdades, que son la condicion de su felicidad y la base misma de las sociedades! Hablais de puerilidad: decid en qué lado se la encuentra. Si lo ignorais, tanto peor para vosotros: con eso poneis de manifiesto que habeis descendido al nivel de vuestros concurrentes (1).

Entretanto, los frutos del don de consejo se manifiestan entre nuestros abuelos. No conservar sino las menores relaciones posibles con todo lo terreno para marchar á paso firme y acelerado hácia la patria eterna, y para esto romper en caso necesario los más caros vínculos de la naturaleza; tales son los ejemplos que nos dan.

Oigamos á uno de nuestros apóstoles: “No pudiendo permanecer más tiempo en la Nueva-Caledonia sin rechazar la fuerza con la fuerza, anuncié á nuestros neófitos, venidos de diez leguas al rededor, la noticia de nuestra próxima partida. No les quedaba más partido, que elegir entre volverse á sus casas ó venirse á Futuna donde encontrarían misioneros. Al oir la novedad, todos rompieron en llanto: solo la fe les hacia derramar aquellas lágrimas. —¿Y mi padre? decia uno; ¿y mi madre? decia el otro, ¿no han de ser nunca cristianos? Así exhalaban su dolor. No pude yo sufrir este espectáculo y me retiré para que consultaran entre sí la resolucion que hubieran de tomar.

“Volví poco despues é hice cesar sus lamentos pregun-

1. Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. *Ps.* 48. *Animalis*, homo *I Cor.*, II, 14.

tándoles qué habian resuelto.—Seguiros á donde quiera que vayais, respondieron.—Pero si nos volvemos á Europa, allí hace frío y os moriríais muy pronto.—Tanto mejor; nada deseamos ahora más que la muerte. Su acuerdo unánime habia sido trasladarse á cualquier isla bien lejana donde hubiera misioneros, para no oír nunca hablar de su patria que consideraba reprobada para siempre. Nos hicimos á la vela, y durante la travesía que duró un mes, nuestros queridos cristianos estuvieron tan edificantes que el capitán y los marineros, con ser protestantes, me rogaron varias veces que invitara á los neófitos á hacer la oración sobre cubierta, para tener el gusto de presenciársela. Echamos anclas en Futuna un domingo por la mañana. El puerto estaba desierto.—¿Dónde están los habitantes de esta población? me repetían sin cesar el capitán y los marineros. No sabían que los naturales de Futuna, católicos fervorosos, se habian ido todos á Misa. Las casas estaban abandonadas; pues en esta isla convertida no se sabe lo que es el robo. Pasó una hora y de repente oímos resonar por todas partes el canto de los himnos. Era que los isleños volvían de la iglesia bendiciendo á Dios. Nuestros padres misioneros salieron presurosos á recibirnos; y los primeros cristianos de la Nueva-Caledonia, perseguidos de sus compatriotas por la fe, eran recibidos como hermanos por los neófitos de Futuna (1).”

Abandonar su país y su familia antes que dejar el camino del cielo, es un rasgo evidente del don de consejo: pero abandonarse á sí mismo es otro aún más evidente. “En Walis, escribe un misionero, donde ejercité el santo ministerio por espacio de cinco meses, tuve muchos motivos de consuelo. Fué entre otros, cuando tres doncellas, hijas de

1 *Annales.*, n. 133, p. 383 et suiv., an. 1851.

los principales jefes de la isla, me pidieron con grandes instancias permiso para consagrarse á Dios de una manera especial por el voto de castidad. Este pensamiento lo habian concebido ellas mismas por inspiración de la gracia. El Espíritu Santo les habia hecho entender, que es un consejo evangélico y que agradan al Señor los que lo practican libremente (1).”

Y no solamente en las playas inhospitalarias de la Oceanía hace el Espíritu Santo germinar las flores de la virginidad. Por su divina influencia crecen también en el manchado suelo de la china y la Conchinchina. Dejemos hablar á un apóstol del celeste imperio. “Tenemos en cada cristiandad cierto número de personas que sin estar ligadas con los votos religiosos, hacen profesión de guardar la virginidad. Con razón se las puede llamar la flor de la misión y flor que es la gloria del jardín de la santa Iglesia. ¡Qué hermoso es ver la cepa de la virginidad germinar lozana aquí en medio del fango de la idolatría. No hay palabra para explicar la licencia de las costumbres de un país infiel: pero el exceso del vicio sirve de los designios de Dios, para hacer que resalte más el brillo de la más pura de las virtudes, y con esto bastaría á cualquier entendimiento claro para reconocer el origen celestial de la virginidad. Más de trescientas almas cultivan esta virtud solo en mi distrito, que tiene unas nueve mil personas. Todo lo que hacen en Europa las hermanas de San Vicente de Paul, son capaces de hacerlo las vírgenes de China (2).”

¡Oh! ¡Las hijas de los antropófagos ó de embrutecidos idólatras convertidos de repente en vírgenes cristianas, es decir, en todo lo que hay de más hermoso, sublime y ange-

1 *Annal.*, n. 96 p. 398, an 1844.

2 *Id.*, §. n. 116 p 44 an., 1858.

lical (1)! Al ver este milagro mil veces repetido, ¿qué habría dicho el mundo pagano, él que en tiempo de Augusto no pudo encontrar siete vestales en el imperio de los césares? Menos incrédulo y más racional que los impíos modernos, habría seguramente exclamado: El dedo de Dios está aquí: *Digitus Deus est hic*.

El sexto don del Espíritu Santo es el de entendimiento. Los actos que produce y que forman la sexta bienaventuranza, revelan un conocimiento claro de las verdades cristianas, magnanimidad en la fe, conformidad constante entre lo que se cree y la vida que se lleva, en una palabra, el reino efectivo de lo sobrenatural en el hombre y en la sociedad.

“Diríase, escribe un misionero de Oceanía, que el Espíritu Santo en persona se ha hecho catequista del niño de quien voy á hablar. He encontrado en Tonna un pequeño prodigio que difícilmente creeríais. Es un niño de cinco años y á pesar de esto tan suficientemente instruido, que no he logrado que se turbara en ninguna cuestion de catecismo preguntándole de todas las maneras. Este angelito nos ha pedido permiso para enseñar la doctrina cristiana á sus parientes, quienes, excepto su padre y su madre, permanecen todos en el paganismo. Es un catequista tanto más excelente, cuanto que nada es posible negar á su inocente sencillez.

“El es quien bendice la mesa y da gracias al fin de la comida en la familia. Apenas habrá visto celebrar la Misa cinco ó seis veces, y ya sabe imitar todas las ceremonias. Una hoja de plátano le sirve de corporal: una concha marina, de cáliz. Gusta el mucho de repetir, que cuando sea hombre, dirá Misa de veras. ¡Plega á Dios confirmar esta

1. En Paris hay una jóven hermana de la caridad, que es parienta de Abi-el-Kader.

vocacion y que la Oceanía cuente un dia á este prodigioso niño entre sus apóstoles (1).”

El don de inteligencia que tan maravillosamente abre el espíritu de los niños, produce en los adultos una especie de intuicion de la verdad, en virtud de la cual, despojándose la fé de sus sombríos velos, se hace inquebrantable. En este género nada hay superior al ejemplo dado por el rey de Bongo en el Japon. Su conversion fué la alegría de la Iglesia. A consecuencia de esto, abrumado de adversidades y humillaciones, cuando todo parecia conjurarse para turbar su fé, pronunciaba solemnemente estas hermosas palabras: “Juro en vuestra presencia, oh Dios Todopoderoso, que aunque todos los Padres de la Compañía de Jesus, por cuyo ministerio me llamásteis al cristianismo, renunciaran á lo que me han enseñado; aunque yo llegara á saber, que todos los cristianos de Europa habian renegado de vuestro nombre, yo os confesaria, y reconoceria, y adoraria, por más que me hubiera de costar la vida, como al presente os confieso, y reconozco, y adoro por el único Dios verdadero y omnipotente del universo (2).”

El don de entendimiento, iluminando el espíritu, obra sobre la voluntad y le comunica la inteligencia de la vida. Mas la vida es una prueba y la penitencia es la ley que ha de cumplir. “Gran número de nuestros cristianos escribe un misionero de la India, ayunan el sábado, no haciendo más que una comida al ponerse el sol. Muchas veces en mis viajes he oido á mi guía responder á los que le preguntaban si habia comido: ¡Eh! ¿No sabeis que hoy es sábado? Y el pobre indio habia caminado toda la mañana con un buen paquete á la cabeza, fatigándose y llegando

1. *Annal. de la Propag.*, §. n. 104, p. 26, an. 1846.

2. *Annales.*, &., n. 125, p. 225, an. 1849.